

## Retos, logros y limitaciones del Buen Vivir. Una propuesta con muchas potencialidades

Challenges, achievements and limitations of *Buen Vivir*. A proposal with many potentialities

Alberto ACOSTA\*

**Resumen:** El Buen Vivir/*Sumak Kawsay* constituye un paso cualitativo al superar el tradicional concepto de “desarrollo” y sus múltiples sinónimos, al desmontar la religión del “progreso”, introduciendo una visión diferente, mucho más rica en contenidos y más compleja, por cierto. El Buen Vivir es una oportunidad para construir colectivamente una nueva forma de vida. No es un recetario plasmado en unos cuantos artículos constitucionales. El Buen Vivir, en esencia, es un proceso de vida que proviene de la matriz comunitaria de pueblos que vivieron o que todavía viven en armonía con la Naturaleza. Esos pueblos originarios no son premodernos, ni son atrasados. Sus valores, experiencias y prácticas sintetizan una civilización viva, capaz de enfrentar una Modernidad siempre colonial. Con sus propuestas imaginan un futuro distinto, que nutre ya los debates globales. El Buen Vivir, entonces, busca recoger los principales valores, algunas experiencias y sobre todo determinadas prácticas existentes en los Andes y en la Amazonía, así como también en otros lugares del planeta.

**Palabras clave:** Buen Vivir, Vivir Bien, buenos convivires, modernidad, indigenidad, plurinacionalidad, naturaleza, desarrollo, progreso, postdesarrollo

**Abstract:** *Buen Vivir/Sumak Kawsay* represents a qualitative leap beyond the traditional concept of "development" and its numerous synonyms, dismantling the religion of "progress" by introducing a different, richer, and more complex vision. "Buen Vivir" is an opportunity to collectively build a new way of life. It is not a set of guidelines enshrined in a few constitutional articles. Essentially, "Buen Vivir" is a way of life stemming from the community matrix of peoples who have lived or still live in harmony with Nature. These indigenous peoples are neither pre-modern nor backward. Their values, experiences, and practices synthesize a living civilization capable of confronting a perpetually colonial Modernity. Through their proposals, they envision a different future, one that already enriches global debates. Therefore, "Buen Vivir" seeks to incorporate the main values, certain experiences, and above all, specific practices existing in the Andes and the Amazon, as well as other places on the planet.

---

\* Ecuatoriano. Economista y profesor universitario; sobre todo catedrático de “teorías del desarrollo” en varias universidades del Ecuador y de otros países. Juez del Tribunal Internacional de los Derechos de la Naturaleza (desde el 2014). Ministro de Energía y Minas (2007), presidente de la Asamblea Constituyente (2007-2008), candidato a la Presidencia de la República (2012-2013). Compañero de luchas de los movimientos sociales dentro y fuera de su país. Autor de varios libros. [alacosta48@yahoo.com](mailto:alacosta48@yahoo.com) Orcid: 0000-0002-8866-9264



**Keywords:** Buen Vivir, Vivir Bien, good living together, modernity, indigeneity, plurinationality, Nature, development, progress, post-development

Recibido: 29 de mayo de 2024    Aceptado: 10 de julio de 2024

“...caben algunas precisiones sobre el concepto del Sumak Kawsay (Buen Vivir, NdA). A partir de nuestras vivencias, podemos decir que se trata de un concepto que es la columna vertebral en el sistema comunitario. Es una construcción colectiva a partir de las formas de convivencia de los seres humanos, pero ante todo, en coexistencia con otros elementos vitales, donde se constituyen las condiciones armónicas entre los seres humanos, la comunidad humana y las otras formas de existencia en el seno de la Madre Naturaleza. Desde nuestra comprensión, la vida es posible, en tanto existe la relación y la interacción de todos los elementos vitales.”

Luis Macas Ambuludi  
Líder indígena ecuatoriano

## Introducción

Cuando hablamos del Buen Vivir proponemos, en primera línea, una reconstrucción desde la visión utópica de futuro de opciones de vida sustentable existentes en varios pueblos originarios del Abya-Yala (Nuestra América). Esta aproximación no niega otros aportes de diversas partes del planeta, muchos de ellos espiritualmente emparentadas en su lucha por una transformación civilizatoria inspirada desde visiones que apunten hacia la ampliación, la construcción y la reconstrucción del *pluriverso* (Kothari et al., 2019).

El Buen Vivir, proveniente de los pueblos originarios del Abya-Yala, emergió con mucha fuerza en el torna siglo. En un par de países fue constitucionalizado; inclusive algunas políticas públicas se asumían como orientadas a tal objetivo. Y así sus planteamientos –en muchas ocasiones sin ser adecuadamente comprendidos– se expandieron, literalmente, por el planeta.

Siendo una vivencia, más que un concepto, su potencial es enorme en la medida que se escapa de los márgenes que imponen las epistemologías de la Modernidad. Nos permite leer el mundo desde otras perspectivas a través de un prisma diverso y, por cierto, mucho más complejo. Igualmente, en simultáneo, nos ofrece herramientas para impulsar procesos que permitan transformar el mundo, no tanto porque sea indispensable construir sociedades humana y naturalmente sustentables, sino porque es, quizás, uno de los pocos caminos que tiene la Humanidad para sobrevivir en medio del actual colapso social y ecológico.

De entrada, debe quedar claro que no se trata simplemente de incorporar un concepto / instrumento / horizonte motivador para intentar hacer las cosas de mejor manera, procurando simplemente intentar resolver los graves problemas que aquejan al mundo dentro de la actual civilización, la civilización del capital. En esencia, el Buen Vivir (Acosta, 2013; Hidalgo et al., 2014; Albó, 2009; Oviedo, 2011; Estermann, 2015; Gudynas, 2014; Giraldo, 2014; Cortez, 2019; Houtart, 2011) propone un paso cualitativo trascendental al permitir avizorar una transición con alcances civilizatorios. Y desde esa perspectiva el Buen Vivir –hablemos mejor de buenos convivires– propone una alternativa al “desarrollo” al tiempo que cuestiona la esencia misma del “progreso”.

A pesar de estas constataciones iniciales sobre sus enormes potencialidades, el Buen Vivir, en Ecuador, o el Vivir Bien, en Bolivia, a momentos, parece haber quedado atrapado en un complejo



laberinto, a donde está siendo tironeado por la politiquería, el dogmatismo y el miedo. La tarea, entonces, es procurar identificar esas amenazas que pretenden enjaularlo y hasta “civilizarlo”, al tiempo que se identifican y promocionan sus potencialidades.

## Algunas de las principales amenazas para el Buen Vivir

Luego de su emergencia en el terreno de la política, que inclusive le permitió llegar a ser constitucionalizado en Ecuador y en Bolivia, el Buen Vivir ha sufrido diversas interpretaciones, no pocas manipulaciones, y ha perdido algo de su encanto inicial. A esta conclusión se puede llegar si leemos con detenimiento la evolución que ha experimentado el Buen Vivir, en tanto asunto discutido a nivel de la política contingente. Oportunamente se señalaron las amenazas que empezaban a surgir (Acosta, 2012).

Así, ya en el debate constituyente en esos países primó –incluso entre los asambleístas que aprobaron su incorporación en las respectivas Constituciones– el desconocimiento ante el cambio propuesto. Muchas personas e inclusive organizaciones que alentaron este cambio no tenían muy clara la trascendencia del paso dado a nivel constitucional.

Obviamente que el Buen Vivir fue rechazado por quienes, comprendiendo lo que esa vivencia sintetiza, no podían aceptar que se ponga en riesgo sus privilegios. Una cosmovisión disímil a la occidental, que surge de raíces comunitarias no capitalistas, existentes no sólo en el mundo andino y amazónico, genera conflictos y rupturas. Rompe con las lógicas antropocéntricas tanto del capitalismo como de los diversos socialismos realmente existentes hasta ahora. El Buen Vivir conmina a disolver el tradicional concepto del “progreso”, sobre todo en su deriva productivista, y del “desarrollo”, en tanto dirección única. Y todo eso genera miedo.

Al no haber asumido ese potencial de cambio civilizatorio surgió una primera gran amenaza. Así, pues mantener el Buen Vivir en el terreno del “progreso” y del “desarrollo” configuró una aberración. Las definiciones interesadas y acomodaticias, discursivas en su formulación, desconocieron y desconocen aún su emergencia desde culturas ancestrales y, por lo tanto, no entienden lo que realmente está en juego.

Esta tendencia generalizada en los ámbitos gubernamentales de Ecuador y Bolivia desembocó inclusive en una visión partidista pasajera, es decir, casi como un membrete que identificaba a aquellos gobiernos. En la práctica de dicha gestión gubernamental, al Buen Vivir o Vivir Bien se le transformó en un simple dispositivo de poder y en una herramienta para la propaganda, utilizada para controlar y domesticar a las sociedades (Cortez, 2019). Por esa senda, el Buen Vivir, como sucedió en Ecuador, incluso se transformó en un simple apellido del “desarrollo”: el “desarrollo del buen vivir” o no hubo empacho en hablar del “bienestar del Buen Vivir”, tratando de mantenerlo en el laberinto de la Modernidad. A la postre, en los dos países en donde se constitucionalizó el Buen Vivir o el Vivir Bien se registró una suerte de “vampirización” de su contenido profundo, como anotó oportunamente Maristella Svampa (2016).

Basta ver la cantidad de documentos y programas oficiales que anunciaban el Buen Vivir en Ecuador y Vivir Bien en Bolivia, insertados en la pauta publicitaria oficial de los respectivos regímenes progresistas, lejanos de lo que el concepto representa en realidad. En la práctica en esos países se mantuvieron formas continuistas de consumismo, productivismo, extractivismo; en suma, desarrollismo, al fin y al cabo. La situación adquirió ribetes hasta aberrantes cuando, por ejemplo, se profundizó el extractivismo de la megaminería, presentándola desembozadamente como “Minería para el Buen Vivir”, en el caso ecuatoriano.

Otro punto radica en no entender adecuadamente sus orígenes. Es cierto que resulta complicado traducir como Buen Vivir aquellas nociones indígenas del *sumak kawsay*, *suma qamaña*, *teko porã* o *ñandareko*, para mencionar apenas un par de denominaciones en diferentes lenguas de los pueblos originarios de nuestra región.<sup>1</sup> Una traducción simplista y un apropiamiento de lo que realmente significa el Buen Vivir conduce a deformar su espíritu, lo que alienta la pérdida de su potencial transformador.

Por eso, resulta repudiable también imaginar el Buen Vivir desde visiones “teóricas” inspiradas en ilusiones o utopías personales. Esto puede reproducir delirios civilizatorios e incluso colonizadores. Nos guste o no, incluso las utopías que podamos pensar sin adentrarnos en la esencia del Buen Vivir arrastrarán taras de la sociedad en la que hoy vivimos. Lo que requerimos es sintonizarnos con lo podríamos asumir como el mundo de la *indigenidad*, tal como la entendía Aníbal Quijano (2014).

Las lecturas eurocéntricas, provenientes de las epistemologías de la Modernidad, también producen obstáculos para la aceptación del Buen Vivir. Recordemos las varias críticas al Buen Vivir –también a los Derechos de la Naturaleza– provenientes de tradicionales sectores conservadores o también de las izquierdas eurocéntricas, en los que incursionan académicos todavía presos en las garras de la Modernidad. No aceptan el Buen Vivir, pues no se ajusta a sus exigencias y condiciones modernizadoras. Estas críticas intentan minimizar e incluso marginar lo que se podría considerar como saberes subalternos, invocando la superioridad de las lecturas de la Modernidad.

De una muy larga lista de producciones críticas de este estilo, se puede consultar –a modo de ejemplo puntual– los artículos de José Sánchez Parga (2011), para Ecuador o Felipe Mancilla (2011), para Bolivia; textos que dieron lugar a un interesante debate del que se puede extraer la contundente respuesta y conclusión de Eduardo Gudynas (2013, p. 204):

De nada sirve criticar posturas que son revisadas a medias, sin adentrarse en los detalles de su diversidad interna, o reclamando marcos de juicio convencionales. Por momentos, prevalece el malestar de los ‘modernos’, con reacciones a veces afectivas, rechazándose al Buen Vivir por los desafíos que impone al pensamiento convencional. Para abandonar ese malestar, sigue faltando humildad especialmente desde occidente, para entender lo que se está discutiendo en el sur americano.

No cabe duda de que la colonialidad del saber pesa, y mucho.

El sincretismo también es riesgoso, pues podría construir híbridos inservibles antes que nuevas opciones de vida. La asimilación del Buen Vivir, desconociendo su esencia en tanto propuesta de cambio civilizatorio, no solo se ha registrado a nivel gubernamental en los dos países mencionados, sino que ha servido para campañas oportunistas y acciones hasta simplonas.

Eso se lo vivió, por ejemplo, cuando se intentó incorporar elementos del Buen Vivir en la construcción de indicadores de la felicidad. Otro ejemplo: en manos de Naciones Unidas se pretendió incorporar al Buen Vivir dentro de la lógica de la *economía verde*, por lo pronto uno de los últimos eslóganes con que se comercializa el capitalismo (UNEP, 2013). En Alemania, para

---

<sup>1</sup> Las expresiones más conocidas del Buen Vivir o Vivir Bien, remiten a conceptos existentes en lenguas indígenas de América Latina, tradicionalmente marginados, pero no desaparecidos: *sumak kawsay* o *allí kawsay* (en kichwa), *suma qamaña* (en aymara), *ñande reko* o *teko porã* (en guaraní), *pénker pujústin* (shuar), *shiir waras* (ashuar) entre otras. Existen nociones similares en otros pueblos indígenas, por ejemplo: mapuches de Chile, *kyme mogen*; kunas de Panamá, *balu wala*; miskitus en Nicaragua, *laman laka*; así como otros conceptos afines en la tradición maya de Guatemala y en Chiapas de México.

mencionar un caso paradigmático, el gobierno de Angela Merkel, en los años 2014 y 2015, impulsó un gran diálogo ciudadano destinado a discutir el Buen Vivir (*Gutes Leben*), en tanto intento destinado a remozar la idea de bienestar, asegurando, como dijo la misma canciller Merkel, que “Alemania siga siendo lo que era”. Pero no todo conlleva una carga preocupante: en paralelo a esa campaña gubernamental, en ese país europeo, desde diversas instancias de la sociedad civil, se registraron y registran aún varios e interesantes procesos para pensar el Buen Vivir intentando recuperar sus elementos profundos adecuándoles a sus propias realidades.

Lo grave es que, a la postre, hasta podría suceder que, cuando el Buen Vivir se vuelva esquivo por estar mal concebido, terminemos poniéndole apellidos: Buen Vivir sustentable, Buen Vivir con equidad de género, Buen Vivir endógeno, Buen Vivir humano, etc. Eso ya lo hicimos con el “desarrollo”, en nuestra permanente desazón al ver que no funcionaban las múltiples teorías construidas para diferenciarlo de aquello que nos incomodaba; un ejercicio a la postre inútil en tanto descuidamos el análisis profundo del concepto mismo de “desarrollo”.

Por igual de nocivo es tratar de definir de forma dogmática lo que significa el Buen Vivir y sustentar esta posición desde lecturas ortodoxas. Esta cuestión no es menor. Hemos visto como se ha intentado crear renovados purismos. Por lo tanto, es vital cerrar la puerta a posiciones dogmáticas e intolerantes. No pueden existir “comisarios políticos” del siglo XXI encargados de cuidar la pureza de un *dogma*. Y mucho menos creer que invocando el Buen Vivir, cual jaculatoria mágica, los problemas se resolverán.

Amenazas y riesgos son siempre inevitables.

Reconociendo esta realidad, las críticas siempre serán bienvenidas. Solo así se evitará asumir el papel de meros aplicadores de procedimientos y de recetas, al tiempo que se impedirá el surgimiento de caudillos y vanguardias iluminadas que se asuman como portadoras del Buen Vivir, en definitiva, intérpretes de la voluntad política colectiva y de las soluciones necesarias. Con mucha humildad y una gran responsabilidad nos toca asumir la tarea de entender la esencia del Buen Vivir.

## ¿Cómo recuperar la esencia transformadora del Buen Vivir?

Sin haber agotado el análisis de las amenazas que pretenden encajonar al Buen Vivir en el complejo laberinto de la Modernidad, de lo que se trata es de no rendirse y ceder este concepto a quienes lo usan como dispositivo de poder en su beneficio y tampoco asumir que su vigencia habría caducado debido a las manipulaciones sufridas.

Un primer paso radica en recuperar el Buen Vivir en clave de una diversidad que abre la puerta a propuestas múltiples desde diferentes realidades. Así, para prevenir un concepto único e indiscutible, también sería mejor hablar de “buenos vivires” o “buenos convivires”. Es decir, buenos *convivires* de los seres humanos en comunidad, buenos *convivires* de las comunidades con otras comunidades, buenos *convivires* de individuos y comunidades en y con la Naturaleza.

Para rescatar lo que implica realmente el Buen Vivir, que no puede simplistamente asociarse al “bienestar occidental”, hay que conocer de dónde surge el Buen Vivir. Eso implica recuperar los saberes y culturas de los pueblos originarios, sin negar otros aportes que aseguren la cristalización de los buenos *convivires*.

Recordemos que el Buen Vivir sintetiza realidades concretas y también visiones utópicas de futuro: estamos frente a un proceso permanente de construcción y reconstrucción. Esto permite despejar un malentendido usual con el Buen Vivir, al despreciarlo o minimizarlo como una mera aspiración de regreso al pasado o de misticismo indigenista (riesgo latente, por lo demás). Aceptemos que el Buen Vivir expresa vivencias y construcciones existentes desde hace mucho



tiempo atrás y que están en marcha en este mismo momento, en donde interactúan, se mezclan y se hibridan saberes y sensibilidades. Acciones y prácticas de vida que comparten marcos similares, como la crítica práctica al “desarrollo” o la búsqueda de otras relacionalidades con la Naturaleza.

Lo expuesto implica, por cierto, valorar adecuadamente los saberes considerados como ancestrales, asumiendo lo complejo que resulta definir su ancestralidad. Para hacerlo se requiere construir un puente de relacionamiento respetuoso entre saberes y conocimientos. Ese trajinar nos invita a descolonizar la historia, tanto como a superar los estúpidos sentidos comunes y las engañosas imágenes de la Modernidad. Romper con sus muchas y diversas *camisas de fuerza*, las reales y las simbólicas, es una tarea urgente.

También precisamos recuperar el pasado como parte de una continuidad histórica con proyección de futuro, en tanto proceso atado a las luchas de resistencia y re-existencia frente a los interminables procesos de conquista y colonización. En definitiva, lo que cuenta es recuperar, sin idealizaciones, el proyecto colectivo de futuro de aquellas comunidades emparentadas intrínsecamente con la vida, particularmente las comunidades de la *indigenidad* con su clara continuidad desde su pasado futurista. Y eso lo lograremos propiciando todos los diálogos de saberes posibles y necesarios.

Esto nos invita a asumir, entre otras cuestiones de fondo, también la discusión sobre el potencial de las tecnologías, la ciencia y el conocimiento, poniéndolas al servicio de la vida y no de la acumulación del capital. Que quede claro, no está en juego ninguna propuesta de tipo *ludista*, es decir contraria a los avances del conocimiento humano.

Aquí incorporamos otro elemento clave. Los pueblos originarios del Abya-Yala no son los únicos portadores de estas propuestas. El Buen Vivir –su esencia– ha sido conocido y practicado en diferentes períodos y regiones de la Madre Tierra, eso sí con diferentes nombres. Por lo tanto, el Buen Vivir puede ser visto como parte de una larga búsqueda de alternativas de vida, fraguadas al calor de las luchas de la Humanidad por la sustentabilidad ambiental y también por hacer realidad las reciprocidades sociales. Lo importante es reconocer que en el mundo existen memorias, experiencias y prácticas de sujetos comunitarios que ejercitan estilos de vida no inspirados en el tradicional concepto del “progreso”. Urge, entonces, recuperar dichas prácticas y vivencias, muchas de ellas provenientes de la *indigenidad*, asumiéndolas tal como son, sin romantizaciones.

Eso nos conduce a destacar que este tipo de enfoques y propuestas son similares en muchos aspectos, mas no necesariamente iguales en todo. Se trata de valores, experiencias y, sobre todo, prácticas existentes en diferentes períodos y regiones de la Madre Tierra. Cabría destacar el *comunitarismo* del zapatismo, el *ubuntu* (sentido comunitario: *una persona es una persona solo a través de las otras personas y de los otros seres vivos*) en África o el *swaraj* (democracia ecológica radical) en la India. Aquí emergen también el *kyosei* en Japón o inclusive las *cooperativas de la marca* (Markgenossenschaften) de los antiguos germanos: tema que interesó a Carlos Marx en sus últimos años de vida (Saito, 2022). Igualmente se podrían incorporar las potentes reflexiones sobre la autosuficiencia del *svadeshi*, que recoge gran parte del pensamiento de Gandhi (1990). Las propuestas de *convivialidad* de Ivan Illich (1973) también podrían ser mencionadas. Entre muchas otras aproximaciones al tema, mencionemos también la *sobriedad feliz* de Pierre Rahbi (2013). Aunque se le puede considerar como pilar de la cuestionada civilización occidental, en este esfuerzo colectivo por reconstruir/construir un rompecabezas de elementos sustentadores de nuevas formas de organizar la vida, se podrían recuperar incluso algunos elementos de la “*vida buena*” de Aristóteles. La tarea sería tender puentes entre ellas.

Dando un paso adicional, no solo es crucial cuestionar el sentido histórico del proceso surgido desde la idea del “desarrollo”. Se deben derrumbar los objetivos, políticas y herramientas con las

que se ha buscado, inútilmente, el bienestar de todos prometido por el “desarrollo”. Incluso es necesario reconocer que los conceptos e instrumentos disponibles para analizar el “desarrollo” ya no sirven. Son conocimientos e instrumentos que pretenden convencer de que el patrón civilizatorio atado al “desarrollo” y el “progreso” es natural e inevitable. Una gran falacia.

Es importante tener en cuenta que el bienestar de los países que se asumen como “desarrollados” se explica por la lógica de la “sociedad de la externalización”, es decir los niveles de bienestar de pocos habitantes del planeta se consiguen a costa de la pobreza de otros países y de la destrucción de la Tierra: *“Tenerlo todo y querer aún más, preservar el propio bienestar a costa de denegárselo a otros: esta es la máxima de las sociedades desarrolladas, aunque se intente disimular en el ámbito público”* (Lessenich, 2019).

Lo que interesa es desmontar el concepto mismo de “desarrollo”, una entelequia que norma y rige la vida de gran parte de la Humanidad, a la que perversamente le es imposible alcanzarlo. No sólo eso. En este empeño por “desarrollarse” se ha sacrificado en gran medida la posibilidad de transitar caminos propios, diferentes a la Modernización y al “progreso”, causante de tantas violaciones a la vida, adoptado en el mundo casi como una religión.

Por lo tanto, no se puede analizar el Buen Vivir con los instrumentos y lógicas de análisis tradicional. Ya lo dijimos, este es otro de los argumentos empleados para negar la existencia del Buen Vivir, en tanto no puede explicarse ni medirse con dicho instrumental, o porque se asume que lo comunitario en el mundo indígena ha desaparecido.... esta sería otra forma de racismo intelectual, por lo demás.

Igualmente, por lo menos sería equivocado que estas reflexiones sobre el Buen Vivir, por más buenas intenciones que se tenga, sean asumidas como recetas indiscutibles o aplicables en cualquier momento y lugar. No hay recetas. No hay modelos. No bastan las buenas intenciones. No se puede copiar y reproducir mecánicamente el Buen Vivir en todo tiempo y lugar.

Es indispensable, entonces, discutir qué tipo de indicadores precisa el Buen Vivir. Esta tarea es riesgosa, sobre todo inútil e incluso nociva, sin antes precisar los fundamentos del Buen Vivir. El voluntarismo podría crear nuevos tecnicismos. Igualmente, peligroso, e inútil, sería hablar del Buen Vivir sin poder identificar/evaluar/medir los avances o retrocesos. Para ser consecuentes, estos posibles indicadores deberían dar respuesta desde el mundo de los buenos convivires, es decir deben ser diversos y múltiples, propios de cada realidad. Tal tarea no es menor, pues puede llevarnos a terrenos movedizos, que terminen imposibilitando nuestra salida de la trampa conceptual de la Modernidad.

Por supuesto que no cabe confundir los conceptos del Buen Vivir con el de “vivir mejor”, pues lo segundo supone un progreso material ilimitado. El “vivir mejor” nos incita a una competencia permanente con los otros –con quienes comparamos nuestra vida– para producir más y más, en un proceso de acumulación material sin fin. Ese “vivir mejor” alienta la competencia, no la armonía, ni el equilibrio. Recordemos que, para que algunos puedan *vivir mejor*, millones de personas han tenido y tienen que *vivir mal*, al tiempo que la Naturaleza es sistemáticamente destruida. El Buen Vivir no implica repetir tal proceso de exponencial y permanente acumulación material.

Adicionalmente, para entender al Buen Vivir, que no puede ser simplistamente asociado al *bienestar occidental*, debemos recuperar otras cosmovisiones, que no pueden ser simplemente copiadas y transformadas en nuevos dogmas. La tarea no es fácil. No se puede repetir modos de vida social y ecológicamente insostenibles. Debemos buscar y practicar opciones de vida digna y sustentable, que no representen la reedición –en muchas ocasiones caricaturizada– del *modo de vida imperial* (Brand y Wissen, 2021) que se expande por el mundo desde los centros del capitalismo

metropolitano y que se reproducen deteriorando continuamente las condiciones de vida de la mayoría de la población y destruyendo la Naturaleza.

Se precisan respuestas políticas que posibiliten una evolución impulsada por la vigencia de la *cultura del estar en armonía* y no de la *civilización del vivir mejor* (Oviedo, 2011). De lo que se trata es de construir sociedades solidarias y sustentables, en el marco de instituciones que aseguren la vida digna. El Buen Vivir apunta a una ética de lo suficiente para toda la comunidad, y no solamente para los individuos.

Dicho esto, demos un paso más.

## Avanzar hacia estructurales y profundos cambios

Aquí cabe una constatación cada vez más generalizada sobre la necesidad de cambios conceptuales estructurales en todas las dimensiones de la vida. Para lograrlo, los procesos sociales deberían transitar hacia visiones biocéntricas, ecocéntricas o socio-biocéntricas, aunque en realidad se trataría de una trama de relaciones armoniosas vacías de todo centro.

Esto implicaría que la economía, la política, la cultura, etc., deberán orientarse hacia y por prácticas comunitarias, no solo individualistas. Se trata, entonces, de propuestas sustentadas en la pluralidad y la diversidad, no unidimensionales, ni monoculturales. Esta transición deberá construirse especialmente desde abajo –desde los barrios y comunidades– como espacio de transformación efectiva, pues desde allí es de donde se debe no solo presionar a los Estados, sino que, desde allí, desde esos espacios comunitarios, habrá que transformar estructuralmente a los Estados.

La complejidad de este empeño es evidente. Luego de las experiencias vividas en Bolivia y Ecuador, en donde fue muy clara la manipulación del Buen Vivir por parte de los gobiernos “progresistas”, resulta muy difícil imaginarse una estrategia que sea prioritariamente impulsada desde arriba, desde el Estado.

Aceptemos que el Estado –el que conocemos– es incapaz de abordar temas realmente de fondo, como lo es repensar desde sus raíces el mundo del trabajo, dando paso a la distribución del mismo en el tránsito a otro tipo de sociedad, donde el ocio creativo sea un derecho y no un negocio. En realidad, en el mundo del Buen Vivir, trabajo y ocio / tiempo libre, como los conocemos, deben desaparecer y fundirse en otras relaciones incluso festivas de vida digna (Acosta, 2024). Inclusive recuperando el Carlos Marx de los Grundrisse (1857-1861) podemos afirmar que “una nación es verdaderamente rica cuando en vez de doce horas se trabajan seis”, pues no es “el tiempo de trabajo la medida de la riqueza, sino el tiempo libre”.

En síntesis, el Buen Vivir es una propuesta civilizatoria que plantea un horizonte de salida del capitalismo, la civilización dominante. Con todo, reiteramos que cabe aceptar que las visiones de la *indigenidad* no sintetizan la única inspiración para impulsar el Buen Vivir. Esta (re)construcción de alternativas civilizatorias se puede sustentar también desde otros principios filosóficos, que podrían *aggiornarse* siempre que estas aproximaciones superen las visiones antropocéntricas dominantes y acepten, en especial, que la vida digna es para todos los seres humanos y no humanos.

Aquí, sin entrar en detalles, lo que rescatamos es la posibilidad de asumir el Buen Vivir como un concepto abierto, reconociendo sus raíces indígenas profundas, desde donde podemos construir otros mundos, sin cerrarnos a un amplio y enriquecedor debate y diálogo con otros saberes y conocimientos. En este punto pueden insertarse todos los debates post-desarrollistas, post-extractivistas y otros, como los *decrecentistas* (que cuestionan con sobradas razones el crecimiento económico), empeñados en superar la Modernidad.



Con el Buen Vivir y su visión de armonías y equilibrios múltiples no se plantea una opción milenarista, carente de conflictos. En realidad, se propone una sociedad que busque armonías y equilibrios, que no exacerbe los conflictos, como sí sucede con la civilización del capital, basada en la codicia, la acumulación sin fin, en la competencia permanente entre individuos que actúan unos contra otros.

Por lo tanto, para escapar del laberinto de la Modernidad habrá que construir o reconstruir tantas utopías como sean necesarias. Su posibilidad y viabilidad deberán ser posibles, dando paso a procesos de transición coherentes con las metas propuestas. La tarea, en suma, se enmarca en el post-capitalismo como horizonte, por lo tanto, no basta apenas un horizonte post-neoliberal.

### Salidas del laberinto de la Modernidad: el Buen Vivir, una opción

El Buen Vivir –y esto es fundamental– constituye un avance radical al superar el tradicional concepto de “desarrollo” y sus múltiples sinónimos, así como la religión del “progreso”, introduciendo una visión diferente, mucho más rica en contenidos y más compleja, por cierto.

Resumamos. El Buen Vivir no es un recetario plasmado en unos cuantos artículos constitucionales. Por cierto, la sola aceptación constitucional o legal del Buen Vivir no superará al capitalismo, que es en esencia la civilización de la desigualdad y de la devastación. El Buen Vivir es una oportunidad para construir colectivamente una nueva forma de vida. Es, en esencia, es un proceso de vida que proviene de la matriz comunitaria de pueblos que vivieron o que todavía viven en armonía con la Naturaleza. Los indígenas no son premodernos, ni son atrasados. Sus valores, experiencias y prácticas sintetizan una civilización viva, capaz de enfrentar una Modernidad siempre colonial. Con sus propuestas imaginan un futuro distinto, que nutre ya los debates globales. El Buen Vivir, entonces, busca recoger los principales valores, algunas experiencias y sobre todo determinadas prácticas existentes en los Andes y en la Amazonía, así como también en otros lugares del planeta.

La visión de los marginados por la historia –particularmente pueblos originarios– plantea una oportunidad para construir otro tipo de sociedad sustentada en una convivencia en diversidad entre los seres humanos y en armonía con la Naturaleza, desde el reconocimiento de los diversos valores culturales existentes en el mundo. Es decir, se trata de un buen convivir en comunidad y en la Naturaleza, sin negar para nada los aportes científicos y tecnológicos en tanto estén sintonizados con este planteamiento básico.

¿Será posible –y realista– intentar un ordenamiento social diferente dentro del capitalismo? Esta es una pregunta importante. Pensamos aquí en un ordenamiento social generalizado con plena vigencia profunda de los Derechos Humanos y de los Derechos de la Naturaleza, es decir inspirado en las armonías, los equilibrios, la reciprocidad, la complementariedad y la solidaridad. La respuesta es simple, eso es definitivamente imposible. A pesar de dicha imposibilidad, no podemos esperar a superar primero el capitalismo para recién entonces hacer realidad el Buen Vivir.

Como se ha demostrado a lo largo de los siglos, en medio de una colonización permanente, inclusive en la época republicana, los valores, las experiencias y las múltiples prácticas del Buen Vivir están presentes. Y justamente desde esos espacios de acumulación, con experiencias diversas, se construyen alternativas civilizatorias, que comienzan a gestar poderosos procesos transformadores.

Reconozcamos que será necesaria una investigación de los “casos exitosos” de Buen Vivir, sobre todo aquellas prácticas que han perdurado hasta ahora o que pueden recuperarse de su historia. Estos casos son especialmente importantes en tanto han sobrevivido centurias de



colonización y marginación. En paralelo, resulta recomendable aprender de aquellas historias trágicas de culturas desaparecidas por diversas razones. Tanto de esas historias como de los procesos abiertos todavía, se pueden obtener lecciones innovadoras para los actuales desafíos sociales y ecológicos.

Pero hay más. El Buen Vivir puede abrir opciones y sintonizarse con diferentes visiones humanistas y anti-utilitaristas provenientes de otras latitudes. La idea es cuestionar el fallido impulso al “desarrollo”, como mandato global y camino unilineal, proponiendo ya no “alternativas de desarrollo”, sino “alternativas al desarrollo”, como dejamos sentado desde el inicio de estas breves reflexiones. Cabe incluso recuperar aquellos cuestionamientos a las estrategias convencionales que se nutren de múltiples visiones, experiencias y propuestas extraídas de diversas partes del planeta, incluso algunas desde las mismas raíces de la civilización occidental, como podría ser el *ecosocialismo*.

Cada vez más personas son conscientes de los límites biofísicos existentes. Aumentan en consecuencia aquellos argumentos prioritarios que invitan a no caer en la trampa de un concepto de *desarrollo sustentable* o *capitalismo verde* que no afecte a la revalorización del capital, es decir, al capitalismo. Bien sabemos que, el mercantilismo ambiental, exacerbado desde hace décadas, no ha contribuido a mejorar la situación, apenas ha sido un maquillaje intrascendente y distractor. También debemos estar alertas sobre los riesgos de una confianza desmedida en la ciencia, en la técnica.

Por eso ya en pleno siglo XXI se refuerzan muchas y diferentes respuestas contestatarias al “desarrollo” y al “progreso”, provenientes de otras lecturas y realidades. Se destacan las alertas sobre el deterioro ambiental ocasionado por los patrones de consumo *occidentales*, y los crecientes signos de agotamiento ecológico del planeta provocados por el productivismo y los extractivismos. Es obvio, la Madre Tierra no tiene la capacidad de absorción y resiliencia para que todos repitan el consumismo y el productivismo propios de los países industrializados. Desde esa sola perspectiva, los conceptos de “desarrollo” y de “progreso” convencionales no brindan respuestas adecuadas a estas evoluciones. Aquí se perfila otro punto de encuentro con las cosmovisiones indígenas en las que los seres humanos no sólo conviven con la Naturaleza de forma armoniosa, sino que forman parte de ella, pues en definitiva son Naturaleza.

## La urgencia de respuestas políticas

El tema definitivamente es y siempre será político. No podemos aspirar simplemente a soluciones “técnicas”. Nuestro mundo necesita ser pensado en términos políticos como fundamento para recrearlo desde las bases. Por lo tanto, debemos impulsar transiciones movidas por nuevas utopías, pero siempre enfrentando las limitaciones que impone la actual distribución del poder.

Pero esa posibilidad también depende de cuán bien podamos entender y enfrentar los intereses que buscan mantener el *statu quo* capitalista con el fin de conservar su poder, intereses opuestos precisamente a los cambios que son urgentes. Así, es evidente que no se trata de hacer mejor lo realizado hasta ahora y esperar a que las cosas cambien, además, para bien. Lo que se busca es construir colectivamente –una suerte de gran *minga* democrática– nuevos pactos de convivencia social y ambiental, lo cual exige crear nuevos espacios de libertad y romper todos los cercos que impiden su vigencia. Tal proceso sin duda implica confrontar un sinfín de intereses actualmente dominantes.

Entonces, sin asumir al Estado como el único -o más importante- ámbito de acción estratégica, es crucial repensarlo desde lo plurinacional e intercultural, dimensiones a construirse desde lo



comunitario. Este es un compromiso histórico. No se trata de modernizar al Estado actual incorporando burocráticamente lo indígena y lo afro, o favoreciendo espacios, como la educación intercultural bilingüe, sólo para los pueblos originarios. Otro Estado (Acosta, 2019) exige asumir y procesar los códigos culturales de los pueblos y las nacionalidades indígenas, tanto como de los grupos populares tradicionalmente marginados. Es decir, debe abrirse un amplio debate al respecto para transitar hacia un Estado libre de las ataduras eurocéntricas. Y de este proceso, que exige repensar las estructuras e instituciones existentes, debe surgir una institucionalidad que haga realidad el ejercicio horizontal del poder. Esto implica transformar estructuralmente el Estado en clave plurinacional, como forma activa de organización social y como un proyecto político capaz de enfrentar y hasta superar la civilización del capital. En definitiva, la democracia misma tiene que repensarse y profundizarse de forma radical, abandonando los cánones de la supuesta democracia liberal capitalista donde el poder nunca se distribuye de forma horizontal.

Elementos básicos de dicha democracia radical los encontramos en la relación armoniosa / amorosa con la Madre Tierra, reconociendo que todos los seres vivos tienen un valor intrínseco, independientemente de si poseen, o no, alguna utilidad para los seres humanos, como paso previo para esas respuestas biocéntricas o ecocéntricas.

La diversidad biológica y cultural es la base de esa forma de democracia raizal, que no puede más apuntar hacia la uniformización productiva, cultural e incluso política. La sustentabilidad pensada en clave de las futuras generaciones obliga a priorizar los bienes comunes y de subsistencia básica, asegurando salud, alimentación, educación, vivienda y energía como derechos, no más como mercancías.

Los conocimientos ancestrales en estrecho diálogo con los conocimientos científicos deben contribuir para hacer realidad la convivialidad en las relaciones sociales, económicas y políticas. Inclusión y participación sustentan la base de esa otra democracia propuesta en conjugación permanente desde abajo. Derechos y deberes deben potenciarse desde lo local a lo global, pasado por los ámbitos nacionales y regionales, para globalizar la paz, el cuidado y la solidaridad en vez de la lógica de competencia y del conflicto que ahogan al planeta.

Surge también la necesidad de construir otra economía para otra civilización, pues de eso se trata todo este empeño. En clave de una nueva economía es evidente la necesidad de fortalecer y dignificar el trabajo, proscribiendo cualquier forma de precarización laboral. Sin embargo, eso no basta. La economía, entonces, deberá ser repensada desde sus raíces. No puede ser ni la ciencia imperial que subordina a las otras ciencias sociales, ni el fin último. El ser humano es la razón de ser de la economía y debe ocupar en ella el centro de la atención, ubicándolo siempre como parte de la Naturaleza, de la cual no puede ser su dominador.

Así, en vez de considerar a la Naturaleza como un stock “infinito” de materias primas y receptora “permanente” de desechos, otra economía debería plantearse como metas indiscutibles la sustentabilidad y la solidaridad. Otra economía, desatada de las cadenas del crecimiento económico permanente, es urgente; y se la logrará a partir de la diversidad y la pluralidad, potenciando lo local desde sus necesidades y demandas, respetando las lógicas comunitarias de organización y toma de decisiones.

Aquí surge un elemento clave: es indispensable ver al ser humano viviendo en comunidad, sin que medie entre sus congéneres ningún tipo de relación de explotación, y siempre en armonía con la Naturaleza. Y eso, al abrir la puerta a la desmercantilización de la Naturaleza, nos conmina necesariamente a transitar hacia esa otra economía, que deberá estar siempre subordinada a las demandas de los seres humanos viviendo en armonía con la Naturaleza (Acosta y Cajas-Guijarro, 2020).



Un aspecto fundamental: no se trata de buscar un equilibrio entre economía, sociedad y ecología; menos aún usando como eje articulador abierto o encubierto al capital. El ser humano y sus necesidades deben primar siempre sobre el capital, pero jamás oponiéndose a la armonía y el equilibrio con la Naturaleza, base fundamental para su existencia. Entendámoslo, la destrucción de la Naturaleza supone un enorme riesgo para la propia economía: lo que se celebra rutinariamente como crecimiento económico se consigue casi siempre destruyendo los ecosistemas que hacen posible nuestra existencia e incluso profundizando las desigualdades sociales.

Eso implica, en primer lugar, la necesidad de oponernos totalmente a que el capital y su acumulación sean la razón de ser de la economía. Es más, ya ni siquiera es suficiente –o quizá nunca lo fue– plantear aquella máxima de “la vida por encima del capital”. Al capital hay que desterrarlo de todas las esferas de la vida, y reemplazarlo por relaciones sociales de carácter post-capitalista. Caso contrario, si no desterramos al capital y no superamos las limitaciones de la economía como la conocemos (tanto ortodoxa como heterodoxa), seguiremos sufriendo de una civilización que depreda el planeta, pues, como con claridad afirmaba el filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría (2010):

el modo capitalista vive de sofocar a la vida y al mundo de la vida, ese proceso se ha llevado a tal extremo, que la reproducción del capital solo puede darse en la medida en que destruya igual a los seres humanos que a la Naturaleza.

De lo anterior se desprende que es urgente superar el divorcio entre la Naturaleza y el ser humano. Escribir ese cambio histórico es el mayor reto de la Humanidad si no se quiere arriesgar la existencia misma del ser humano. En suma, la relación con la Naturaleza es un aspecto clave en la construcción del Buen Vivir. Reconocer a la Naturaleza como sujeto de derechos supone asumir una postura biocéntrica –que podría ampliarse a una posición carente de todo centro–, basada en una ética alternativa, al aceptar valores intrínsecos en el entorno. Todos los seres, aunque no sean idénticos, tienen un valor ontológico aun cuando no sean de utilidad para los humanos. Y desde esa perspectiva, cuando incorporamos los Derechos de la Naturaleza, más allá que el estrecho marco jurídico, estamos abriendo la puerta para un gran cambio civilizatorio, un giro copernicano. Si aceptamos que los humanos no estamos al margen de la Naturaleza, que somos Naturaleza y que en ella no hay ninguna especie superior, nos vemos forzados a entender que –esto es fundamental– la Naturaleza nos da derecho a nuestra existencia. De allí se deriva un mandato global que nos conmina a impulsar otra economía, otras formas de hacer política, otras formas de construir sociedades y, por cierto, profundos cambios culturales indispensables para otra civilización, una civilización en la que la vida digna para todos los seres humanos y no humanos esté siempre en el centro.

La superación de todo tipo de desigualdades e inequidades es también ineludible. El Buen Vivir no puede admitir una sociedad dividida en clases sociales. También es fundamental para su construcción la descolonización y la superación del racismo profundamente enraizado en muchas de nuestras sociedades, tanto como la despatriarcalización. En este esfuerzo de profundos cambios estructurales, la cuestión cultural y territorial requieren urgente atención.

En definitiva, la lucha es de tipo civilizatoria, aceptando la existencia de muchas decenas de dimensiones que deben atenderse con igual esmero. Así, hoy más que nunca, en medio de las graves y múltiples dificultades globales –facetas de la crisis civilizatoria que se cierne sobre la Humanidad– es imprescindible construir otras formas de vida, que no estén normadas por la acumulación del capital. El Buen Vivir –sin ser una propuesta única ni indiscutible– sirve para eso,



incluso por su valor político transformador y movilizador. Enarbolando la esencia del Buen Vivir se puede dar vuelta la página.

Esta es una apuesta por un futuro diferente, inalcanzable con discursos radicales carentes de propuestas. Esas propuestas deben tener como principio básico la construcción de relaciones de producción, de intercambio y de cooperación que propicien la suficiencia (más que la sola eficiencia), sustentadas en la solidaridad.

Concluamos. El Buen Vivir –en tanto filosofía de vida– busca un proyecto liberador y tolerante, sin prejuicios ni dogmas. Se trata de un proyecto que sume muchas historias de luchas de resistencia y de propuestas de cambio, que se nutre de experiencias existentes en muchas partes del planeta, en tanto punto de partida para construir democráticamente sociedades democráticas.

Así, el Buen Vivir convoca a construir una vida de autosuficiencia y autogestión entre seres humanos viviendo en comunidad, asegurando el poder de auto-regeneración de la Naturaleza. Todo eso potenciando lo local y lo propio; Estados distintos; renovados espacios locales, nacionales y regionales de toma de decisiones; y, una horizontalidad del poder para desde allí construir espacios globales democráticos, creando nuevos mapas territoriales y conceptuales.

Igualmente urge identificar lo importante y lo necesario, teniendo a mano el mapa de la ruta que no conviene recorrer: *¡hay que conocer los caminos del infierno, para evitarlos!*, recomendaba Nicolás Maquiavelo, en su libro clásico publicado hace más de 500 años. De todo eso se trata cuando discutimos el Buen Vivir.

## Conclusión: la vida es ahora, vale la pena vivirla

El pensamiento dominante propio de la globalización capitalista nos induce a creer que es imposible imaginar una sociedad que no sea clasista, una economía que no propugne el crecimiento económico y el “desarrollo”, e incluso es casi inconcebible una democracia que supere lo electoral. Igualmente, desde la misma perspectiva dominante, se plantea como impensable un mundo sin explotar masivamente la Naturaleza. Y justamente ese mundo, cargado de múltiples resabios y lastres del patriarcado y la colonialidad, es el que tenemos que superar.

Salir de ese mundo es la gran tarea de nuestra época. Debemos librarnos de las ataduras conceptuales del “progreso” y el “desarrollo”, que pueden concluir en una debacle socioambiental mundial de impredecibles consecuencias, una realidad que ya comienza a estar presente con graves colapsos ecológicos localizados: inundaciones, sequías, incendios, tornados, etc.

Recordemos que sus conceptos, propios de la Modernidad, están en crisis. Se presentaron como ideas fuerza para movilizar a la Humanidad hacia el “desarrollo”, pero terminaron demostrando que el “desarrollo” es un fantasma. *El bienestar* de las naciones enriquecidas, a costa de la explotación de otras sociedades y de la Naturaleza, es inalcanzable para las sociedades explotadas y empobrecidas del mundo capitalista; mientras que las sociedades enriquecidas se ahogan en su *maldesarrollo*. Por lo tanto, superar tales categorías es un paso cualitativo crucial.

Ese reto pone a prueba toda la capacidad del pensamiento crítico, así como la inventiva y la creatividad sobre todo de las organizaciones sociales y políticas. Para superar la prueba, requerimos radicalizar de forma permanente la democracia. Lo que implica identificar, definir y defender los puntos medulares del debate, como paso indispensable para accionar. Crítica y autocrítica son, por igual, inseparables acompañantes de este trajinar. Cerrar la puerta a este accionar, sería cerrar la puerta a la democracia misma.

Las alternativas –en plural–, siempre que sean asumidas activamente por sociedades en movimiento, recogiendo cada vez más insumos provenientes de diversas regiones del planeta, se proyectan con fuerza en muchas latitudes: el *pluriverso* es una realidad.

Insistamos hasta el cansancio, no se trata de impulsar “alternativas de desarrollo”, sino de “alternativas al desarrollo”. Y es ahí que emerge el Buen Vivir como una forma de vida que puede hacerse realidad desde ahora en comunidades y territorios concretos, en donde para empezar se requiere una profunda distribución de la riqueza, tanto como transitar hacia prácticas de producción y consumo sustentables, construyendo escenarios de toma de decisiones horizontales.

Tal propuesta no es un salto al vacío, sino que está cargada de múltiples experiencias. Eso sí, este esfuerzo de transformaciones múltiples debe estar centrado en “*las sustancias*”, al decir de Ana Esther Ceceña, antes que en las formas, sean instituciones o regulaciones. Ese es, en definitiva, un gran desafío para la Humanidad, pues en palabras de esta intelectual mexicana:

Dentro del capitalismo no hay solución para la vida; fuera del capitalismo hay incertidumbre, pero todo es posibilidad. Nada puede ser peor que la certeza de la extinción. Es momento de inventar, es momento de ser libres, es momento de vivir bien.

Se trata, entonces, de impulsar de alternativas viables en tanto el Buen Vivir –en clave de pluriverso– se conciba desde un enfoque despejado de prejuicios, asumido como una propuesta existente y en construcción, que permitiría articular elementos de dignidad en la vida incluso en estos momentos tan complejos.

Un punto crucial. No hay más camino, si la Humanidad quiere salir de la trampa en la que se encuentra, que repensar su relación con la Naturaleza. Los seres humanos no podemos mantenernos –figurativamente hablando– al margen y sobre la Naturaleza, menos aún seguir con el vano intento de dominarla. Tenemos que reencontrarnos con ella. Y, por lo tanto, nos urge parar su explotación desenfrenada. Nuestra relación con la Madre Tierra demanda respeto, responsabilidad y reciprocidad, desde el principio básico de la vida: la relacionalidad, todo está interrelacionado con todo. En suma, esta tarea, reconociendo que la Humanidad es Naturaleza, nos demanda recuperar y construir relaciones de armonía y equilibrio con la Naturaleza, que siempre tiene la razón.

Para lograrlo tenemos que cambiar la historia de la Humanidad, esa historia de dominio del hombre –sí, en masculino– sobre la Naturaleza. Por siglos, la relación sociedades-medio ambiente ha estado marcada por el utilitarismo y la explotación de recursos. Los intentos por subordinar la Naturaleza –reforzados por las ideas de progreso y “desarrollo” tan propios de la Modernidad–, son los que a la postre han generado todo tipo de pandemias que apuntan hacia una terrible catástrofe socioambiental.

Sin embargo, como se explicó en páginas anteriores, no se puede esperar a superar primero el capitalismo para recién hacer realidad del Buen Vivir. El reto es transformar la lucha para superarlo en un ejercicio del mismo Buen Vivir, cargándolo de satisfacción y alegría en su ejecución, llenándolo de todos los elementos comunitarios, creativos y lúdicos posibles. En paralelo será necesaria la autosuficiencia, autodeterminación e interdependencia de los procesos sociales, compuestos de múltiples interacciones y lógicas complejas que se retroalimentan de forma permanente.

Requerimos sociedades donde las ideas de codicia, lucro y propiedad pierdan sentido; sociedades cuyo fin supremo sea una vida plena, digna y justa. Lo dicho exige tejer las redes más amplias posibles de estrategias, de construcciones de alternativas y luchas de resistencia,

entendiendo que simultáneamente hay que enfrentar el patriarcado / el machismo, la colonialidad / el racismo, tanto como la explotación del trabajo y de la Naturaleza, enfrentando todas las inequidades y desigualdades existentes.

Semejante tarea, lo señalamos categóricamente, demanda abrir todos los diálogos e intercambios posibles, sin caer en la trampa de inútiles romanticismos o vulgares e imposibles copias, así como tampoco en posiciones dogmáticas que bloqueen la discusión y construcción de alternativas.

El Buen Vivir, entonces, sin olvidar ni manipular sus orígenes ancestrales y sus potencialidades comunitarias, puede ser una plataforma para discutir, concertar e incluso responder a los devastadores efectos del colapso climático y las crecientes marginaciones y violencias sociales en el mundo. Esta posibilidad surge en medio de una crisis multifacética -social, económica, ecológica, política, sanitaria, definitivamente civilizatoria- que nos golpea a los seres humanos y no humanos.

Intentar resolver este acertijo no será fácil. Para empezar, debemos reencontrarnos con “la dimensión utópica de futuro”, tal como planteaba en los años ochenta del siglo XX el peruano Alberto Flores Galindo (1989). Tal dimensión utópica debe fortalecer tanto las aproximaciones y valoraciones conceptuales de una vida comunitaria como también los valores básicos de la democracia, en clave radical. Y todo esto, como se ha anotado con insistencia, implica un reencuentro político-cultural con la Naturaleza.

En resumen, el Buen Vivir abre la puerta para construir proyectos emancipadores, donde se termine con todo tipo de explotación, sea de los seres humanos o de la Naturaleza. Proyectos que, al sumar muchas historias de luchas de resistencia y de propuestas de cambio, al nutrirse de experiencias sobre todo locales, a las que deberán añadirse aportes provenientes de diversas latitudes, se posicionan como punto de partida y procesos de acción para construir democráticamente sociedades sustentables en todos los ámbitos.

## Referencias

- Acosta, Alberto (2024). “Ocio y trabajo en clave de Buen Vivir. reflexiones para construir otro futuro”. *Trabalho Necessário* v. 22 n. 47. Trabalho, história e memória dos povos de "Nuestra América" - Tomo 2. Disponible en: <https://periodicos.ufr.br/trabalhonecessario/article/view/61362/36336> Consultado el 10 de mayo de 2024.
- Acosta, Alberto y Cajas-Guijarro, John (2020). “Naturaleza, economía y subversión epistémica para la transición”. In: Günther Griselda y Meireles, Monika (edits.). *Voces latinoamericanas: mercantilización de la naturaleza y resistencia social*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Acosta, Alberto (2019). *Repensando nuevamente el Estado: ¿Reconstruirlo u olvidarlo?*, In: García, Pascual; Ordoñez, Jessica; Munck, Ronaldo (editores). *Desarrollo, Sociedad, Alternativas*. Glasnevi Publishin, Dublin.
- \_\_\_\_\_ (2013). *El Buen Vivir. Sumak Kawsay, una oportunidad para imaginar otros mundos*. Barcelona: Icaria Editorial.
- \_\_\_\_\_ (2012). “Riesgos y amenazas para el Buen Vivir”. *Revista Ecuador Debate* N° 84, CAAP, Quito.
- Albó, Xavier (2009). *Suma qamaña = convivir bien. ¿Cómo medirlo?* CIPCA, Bolivia.
- Brand, Ulrich; Wissen, Markus (2021). *Modo Imperial de Vida – Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo*. Buenos Aires: Tinta Limón.



- Ceceña, Ana Esther (s/f); “*Dominar la naturaleza o vivir bien: disyuntiva sistémica*”. Disponible en <https://es.scribd.com/doc/237177445/Dominar-La-Naturaleza-o-Vivir-Bien-Disyuntiva-Sistemica>
- Cortez, David (2019). *Sumak kawsay y buen vivir, ¿dispositivos del desarrollo? Ética ambiental y gobierno global*. Quito: Editorial FLACSO-Ecuador.
- Echeverría, Bolívar (2010). *Modernidad y blanquitud*. México: Editorial ERA.
- Estermann, Josef (2015). *Más allá de Occidente – Apuntes filosóficos sobre interculturalidad, descolonización y el Vivir Bien andino*, Quito: Abya-Yala.
- Flores Galindo, Alberto (1989). *Reencontremos la dimensión utópica*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario y El Caballo Rojo.
- Gandhi, Mahatma (1990). *Svadeeshi – artesanía no violenta*. Quito: Instituto Andino de Artes Populares.
- Giraldo, Omar Felipe (2014). *Utopías en la era de la supervivencia – Una interpretación del Buen Vivir*. México: Editorial ITACA.
- Gudynas, Eduardo (2014). “Buen Vivir: sobre secuestros, domesticaciones, rescates y alternativas”, en varios autores; *Bifurcación del Buen Vivir y el sumak kawsay*, Ediciones SUMAK, Quito.
- \_\_\_\_\_ (2013). “El malestar Moderno con el Buen Vivir: reacciones y resistencias frente a una alternativa al desarrollo”, *Revista Ecuador Debate* N° 88, CAAP, Quito.
- Hidalgo-Capitán, Antonio Luis; Guillén García, Alejandro; Deleg Guazha, Nancy (2014). *Antología del Pensamiento Indigenista Ecuatoriano sobre Sumak Kawsay*. Cuenca: Universidad de Cuenca y Universidad de Huelva.
- Houtart, François (2011). “El concepto del sumak kawsay (Buen Vivir) y su correspondencia con el bien común de la humanidad”, *Revista Ecuador Debate* N° 84, CAAP, Quito.
- Kothari, Ashish; Salleh, Ariel; Escobar, Arturo; Demaria, Federico; Acosta, Alberto coordinadores (2019). *Pluriverso – Diccionario del Postdesarrollo*. ICARIA, Barcelona; editado conjuntamente con Abya-Yala/ICARIA en Quito; publicado también en la India, Italia, Francia, Alemania, Brasil, Colombia, Perú-Bolivia.
- Huanacuni Mamani, Fernando (2010). *Vivir Bien / Buen Vivir Filosofía, políticas, estrategias y experiencias regionales*. La Paz: Convenio Andrés Bello, Instituto Internacional de Investigación y CAOI.
- Illich, Ivan (1973). *La convivencialidad*. Barral Editores. Barcelona.
- Lessenich, Stephan (2019). *La sociedad de la externalización*. Herder. Barcelona.
- Mancilla, Felipe (2011). “Ideologías oficiales sobre el medio ambiente en Bolivia y aspectos problemáticos”, *Revista Ecuador Debate* N° 84, CAAP, Quito.
- Marx, Carlos. (2007) [1857-61]. Grundrisse. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* Vol. 1. Siglo XXI Editores. México.
- Oviedo Freire, Atawallpa (2011). *Qué es el sumakawsay – Más allá del socialismo y capitalismo*. Quito: Ediciones Sumak.
- Quijano, Aníbal (2014). *Cuestiones y Horizontes – Antología Esencial – De la dependencia histórica-estructural a la colonialidad/decolonialidad del poder*. Buenos Aires: CLACSO.
- Rahbi, Pierre (2013). *Hacia la sobriedad feliz*. Madrid: Errata Natrae.
- Saito, Kohei (2022); *El capital en la era del antropoceno – Una llamada liberar la imaginación para cambiar el sistema y frenar el cambio climático*. Sinequanon, Barcelona.
- Sánchez Parga, José (2011). “Discursos retroevolucionarios: *sumak kawsay*, derechos de la naturaleza y otros pachamamismos”. *Revista Ecuador Debate* N° 84, CAAP, Quito.

- Svampa, Maristella (2016). “Un balance del ciclo progresista en América Latina”. Lima: Revista de Sociología Universidad Mayor de San Marcos.
- UNEP (2013). “Development strategies of selected Latin American and Caribbean countries and the green economy approach - A comparative analysis”, *Green Economy Discussion Paper*.